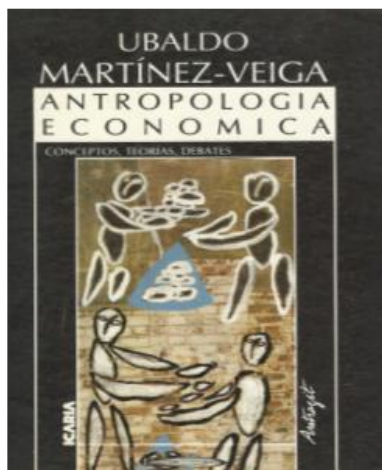


## RESEÑA

**ANTROPOLOGÍA ECONÓMICA CONCEPTOS, TEORÍAS, DEBATES. Ubaldo Martínez Veiga.**

PRÓLOGO. Jesús Contreras.



La antropología económica nunca ha sido una especialidad de «moda» en nuestro país. Si consideramos las publicaciones que aquí se han producido, apenas podríamos contar media docena de libros y un número algo más elevado de artículos. En cambio, las publicaciones relativas a otros temas más o menos propios de la antropología (religiosidad, fiestas, identidades, etc.), con lo que ello pueda tener de indicador, son considerablemente más abundantes. Por esta razón, no deja de sorprender, y de agrandar, la publicación de una obra con el título de *Antropología económica. Conceptos, teorías y debates*.

Es cierto, también, que la antropología económica es un campo, como tal, relativamente reciente dentro de la antropología. Sólo a partir de 1952, fecha de la segunda edición del libro de Melville Herskovits, *Vida económica de las sociedades primitivas*, titulado en esta ocasión, *Antropología económica*, dicho término empezó a ser comúnmente aceptado y utilizado.

El libro que el lector tiene en sus manos puede considerarse una cierta historia de las principales teorías propias de la antropología económica, pero tomando como hilo vertebrador para llevar a cabo ese repaso intelectual una institución a la que, siempre, se le ha atribuido un valor y un papel fundamentalmente económico: el mercado. Lo fructífero de esta opción es que, para el análisis del mercado, al menos desde la óptica de la antropología económica, es necesario tener en cuenta una multiplicidad de factores y no sólo «económicos», sino, también, ecológicos, sociales, políticos e, incluso, ideológicos, por supuesto. Y, en efecto, el mercado es tomado por Ubaldo Martínez Veiga como la piedra de toque a partir de la cual son contrastadas las diferentes interpretaciones relativas a esta institución que la antropología económica ha generado. De esta forma, también, puede ser evaluada la mayor o menor pertinencia de las mismas. Claro que no se trata de una elección caprichosa. El mercado, sus diferentes significados, las diferentes consideraciones respecto de su origen y de su papel, integrador o desestructurador de las sociedades, según los casos, ha ocupado un papel central dentro de las diferentes teorías económicas en general y, por supuesto, también, dentro de las de la antropología económica. Por esta razón, dicha elección no sólo queda justificada sino que resulta fundamental para tomar conocimiento de los problemas básicos, a través de los cuales, a su vez, y como señala el autor, se podrán conocer, comprender, contrastar y evaluar las hipótesis y teorías más importantes de la antropología económica.

La presentación de las diferentes teorías, de sus conceptos y herramientas metodológicas más importantes, así como de los debates que dichas teorías han generado entre sí, pone de manifiesto las diferentes preocupaciones epistemológicas, temáticas e, incluso, políticas, que han orientado a los diversos autores. Unas veces, se intenta comprender la realidad social a través de la introspección, formalizando las instituciones —el mercado, por ejemplo— como

## RESEÑA

un conjunto de premisas lógicas. La definición formalista de la economía —recursos escasos, susceptibles de usos alternativos— constituye un ejemplo, y el análisis de los procesos de toma de decisión el prototipo de su metodología. Otras veces, el progreso en el conocimiento se ha realizado a partir de modelos descriptivos que relacionan las unidades de producción con realidades sociopolíticas, tanto del pasado como del presente. Los análisis de los substantivistas son un ejemplo y, en este punto, es evaluada muy particularmente la figura de Karl Polanyi, un autor fundamental pero muy poco conocido y consecuentemente poco valorado aquí (como lo indica, por ejemplo, el hecho de que una obra fundamental, casi clásica podríamos añadir, *The Great Transformation*, no haya sido traducida al castellano todavía). Un tercer esfuerzo considerado es el de la metodología marxista, que representa, con relación a los dos anteriores enfoques, la formalización de elaboraciones descriptivas, pero proponiendo, además, argumentaciones lógicas acerca de la evolución social y de la articulación a partir de las teorías sobre los modos de producción, así como de la transición de un modo de producción a otro. Por otra parte, el primero de los enfoques señalados —el formalista— enfatiza el problema de la asignación de recursos; el segundo —el substantivistas— se interesa, fundamentalmente, por la organización de la producción y por las diferentes formas de circulación, las que, a su vez, consideran formas de integración; finalmente, el enfoque marxista añade el interés por los flujos de trabajo y valor, destacando la especificidad del «mercado de trabajo», en tanto que el trabajo posee unas características específicas que no permiten considerarlo como una mercancía igual a las demás.

Por otra parte, mientras que el análisis de los procesos de toma de decisión se concentró, en un principio sobre todo, en dinámicas a corto plazo, las aproximaciones institucionalistas o substantivistas, así como las marxistas, se han caracterizado, sobre todo, por conceder mayor relevancia a la dimensión histórica. En cualquier caso, todos estos enfoques coinciden en sostener una cierta indeterminación de los hechos sociales. Ahora bien, mientras que el enfoque «individualista» y «racionalista» propio de los formalistas considera esa indeterminación como una «incertidumbre» que influye en la elección de las estrategias, los enfoques substantivistas y marxista la describen como un conjunto de desarrollos posibles.

Asimismo, este libro de Ubaldo Martínez Veiga pone de manifiesto que las teorías y estudios sobre los sistemas económicos difieren, también, en las perspectivas seguidas para construir hipótesis o para analizar los datos obtenidos. Así, unas teorías se interesan, sobre todo, por el análisis de las unidades de producción y por su comportamiento en relación a la asignación de recursos y a sus intercambios; mientras que otras se refieren sobre todo a la función de una economía, o de un particular tipo de economía, y cómo ésta es afectada por la disponibilidad de los recursos, tanto a nivel de la sociedad como al nivel de las unidades de producción que deben adoptar unos u otros riesgos en sus decisiones. Ahora bien, independientemente de los niveles de análisis utilizados (microsocial o macrosocial; individual u orgánico; individual o institucional), los seguidores de cada perspectiva tienen no sólo puntos de confrontación sino también puntos de intercambio. En efecto, por ejemplo, la literatura acerca del valor relativo de las perspectivas microsocial y macrosocial es abundante en todas las ciencias sociales. Desgraciadamente, los antropólogos, como ha señalado Sutti Ortiz, han planteado el problema de tal manera que se ha impedido o cuanto menos dificultado traducir los resultados positivos conseguidos dentro de una perspectiva en hipótesis o propuestas utilizables como bases teóricas por la otra.

## RESEÑA

En relación a este último punto, precisamente, el autor de este libro realiza un esfuerzo considerable por conseguir una propuesta que articule los fenómenos locales y los fenómenos más globales, propios incluso del sistema mundial. Y, en mi opinión, logra su intento, fundamentalmente, cuando, discutiendo la problemática del desarrollo, evalúa las teorías de la «modernización») y las de las diferentes posturas dentro de la teoría de la dependencia. Y ese mismo esfuerzo de articulación o de síntesis lo lleva a cabo cuando defiende con énfasis y con argumentos empíricos y teóricos la necesidad de complementar los enfoques «individualistas» y los «sistémicos».

Aunque la antropología económica haya tenido y siga teniendo un escaso desarrollo en el Estado español, creo puede hacer una importante contribución a la antropología social y a las ciencias sociales en general. Y este libro proporciona algunas herramientas y abundantes reflexiones para conseguirlo. Del mismo modo que Polanyi argumentó que la economía está *incrustada* en la realidad social, también es cierto, de acuerdo con autores tan diversos como Marx, Firth, Bourdieu, Harris y otros muchos, que el análisis de las instituciones sociales, políticas, jurídicas, religiosas e, incluso, simbólicas sería superficial si no se tuvieran en cuenta las realidades económicas, sean éstas más evidentes o permanezcan más ocultas. En todos los casos, las realidades políticas de un sistema descansan en la capacidad de sus unidades de producción para procurar la subsistencia, así como, si es el caso, de los bienes de prestigio «necesarios». Interesarse o describir, tan sólo, la producción de los bienes de prestigio como la generación de un capital simbólico es ocuparse, solamente, de una parte de la realidad. Del mismo modo, caracterizar un intercambio o un acuerdo contractual relativo, por ejemplo, a la utilización de los recursos o de la fuerza de trabajo de unos individuos por parte de otros como una relación exclusivamente social es contribuir a la creación de una ficción intelectual.

En este sentido, hasta cierto punto, y parafraseando a Maurice Godelier, podría decirse que la antropología económica debería caracterizarse por intentar poner de relieve lo que de «no-económico» influye en lo «económico») así como lo que de «económico») existe e influye en lo «no-económico»). Por otra parte, es obvio que la percepción de los contenidos para cada una de estas categorías puede diferir ampliamente de unas sociedades a otras. Para ilustrar lo dicho me vienen a la memoria algunas consideraciones provocadas por la obra del historiador Jacques Le Goff a propósito de su estudio sobre «El nacimiento del Purgatorio», título por otra parte de un libro suyo. Señala Le Goff que el Purgatorio «nace») o se «inventa») a partir del siglo xii y se consolida ya definitivamente a mediados del XIII El Purgatorio, dice, es el fruto de la unión de dos creencias diferentes: la creencia en la eficacia de los *sufragios* de los vivos para abreviar el sufrimiento de los muertos y la creencia en la existencia de una purificación después de la muerte. Se trata de creencias «religiosas», relativas a «ideas» religiosas sobre el «mas allá» pero que, como señala Le Goff:

*¡Qué instrumento de poder para la Iglesia! Ésta afirma así su derecho (parcial) sobre las almas del Purgatorio como miembros de la Iglesia militante, haciendo avanzar el fuero eclesiástico con detrimento del fuero de Dios, a pesar de ser el detentador de la justicia en el más allá. Poder espiritual, pero también, por las buenas (...) provecho financiero del que habrán de beneficiarse con ventaja sobre los otros hermanos de las órdenes mendicantes, ardientes propagandistas de la nueva creencia. El «infernial» sistema de las indulgencias vendrá a encontrar finalmente en ésta un poderoso alimento.*

## RESEÑA

No se trataría de pensar, maliciosamente, que, a partir de un determinado momento, teólogos y obispos empezarán a cavilar para encontrar la forma de cómo aumentar los ingresos de la Iglesia, así como los suyos particulares, hasta que dieron con la «idea» del Purgatorio. Nuestro interés por las implicaciones económicas y nuestra defensa de la necesidad de un análisis económico de las instituciones sociales no llega tan lejos como para postular un origen estricta o fundamentalmente económico a cualquier institución social o religiosa. Pero sí es cierto que la «creencia» en un «purgatorio» generó una serie de instituciones religiosas, las *cofradías*, por ejemplo, con un contenido económico muy importante que no puede dejarse de lado cuando se pretende la comprensión y una contextualización holista de una institución o de una «idea», incluso si se trata de una idea como la del «purgatorio».

Por todo ello, de acuerdo con las consideraciones anteriores y teniendo en cuenta la situación y los intereses de la antropología española en la actualidad, parece pertinente recordar en un prólogo a una obra de antropología económica lo que James Frazer, el autor de *La Rama Dorada*, dijera en su prefacio a la obra de Malinowski, *Los argonautas del Pacífico Occidental*, en 1922, obra en la que se enfatizaba, según Frazer, la gran significación de la «economía primitiva». Decía Frazer que poca reflexión hacía falta para convencerse de la importancia fundamental que las fuerzas económicas tienen en todas las etapas del recurso humano. Después de todo, la especie humana es parte del universo animal y como tal reposa sobre una base material desde la cual «puede levantarse una vida superior, intelectual, moral o social, pero sin la cual ninguna superestructura es posible (...) Si hasta ahora los antropólogos la han descuidado, debemos suponer que ha sido más bien porque se sentían atraídos hacia el lado superior de la naturaleza humana, que porque deliberadamente ignoraran e infravalorasen la importancia y auténtica necesidad de la vertiente inferior. A modo de excusa por su olvido, cabe recordar, también, que la antropología es todavía una ciencia joven, y que la cantidad de problemas que aguardan al estudioso no pueden abordarse de golpe, sino que han de ser abordados uno después de otro».

Salvando muchas distancias, podríamos aplicar las palabras de Frazer, de 1922, a nuestra propia situación. Es cierto que la antropología sigue siendo una ciencia joven en España y ojalá, también, que el poco interés que hasta ahora han suscitado entre los antropólogos los «problemas económicos» sea simplemente una consecuencia de que se hayan sentido más atraídos por el «lado superior de la naturaleza humana» y no de que hayan infravalorado la importancia de la «vertiente inferior».

Barcelona